

12.
LA AMENAZA RUSA POR BUSCAR
ARMAS QUÍMICAS EN SIRIA

We will destroy you.

Diplomático ruso, en mi oficina.

Las armas químicas son tan brutales, tan terribles, que fueron prohibidas después de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y no se utilizaron en la Segunda (1939-1945). Son armas que matan a mujeres, a niños, a no combatientes, de la manera más cruel posible. En la guerra civil de Siria, que lleva más de una década, se empezó a usar armas químicas.

Esto preocupó al Consejo de Seguridad de la ONU, en donde son miembros permanentes las cinco potencias: Reino Unido, Francia, Rusia, China y Estados Unidos. En 2017 se creó un Mecanismo para investigar quién estaba detrás del uso de armas químicas en Siria y el secretario general de la ONU fue designado para nombrar al jefe del Mecanismo, en consulta con esos cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad. António Guterres propuso dos o tres nombres, pero varios de los países miembros los rechazaron, y el único nombre que aceptaron las cinco potencias fue el mío, Edmond Mulet. Entonces me preguntaron si aceptaría el cargo. Yo ya estaba en Guatemala muy activamente trabajando en la organización de un partido político para las elecciones pasadas, pero era también una obligación aceptar esa responsabilidad para frenar más muertes en Siria y respondí que lo aceptaba durante algunos meses, porque mi compromiso más importante es ponerme al servicio de Guatemala.

Conocí Siria antes de la guerra. Un país bellissimo, con una infraestructura admirable de carreteras, hospitales, institutos, escuelas, oficinas públicas y un nivel de vida muy elevado. Gente muy educada. La mayor parte de sus líderes había estudiado en el extranjero. El régimen sirio era el único de todos los países árabes que era laico, no religioso. Se permitían todas las religiones, menos la judía. En Siria podían convivir musulmanes chiitas y sunís y se fomentaron diferentes culturas y minorías. Había también cristianos ortodoxos, católicos, evangélicos.

Siria fue parte del grupo de países árabes que declaró la guerra contra Israel en 1967. Fue desde los Altos de Golán, que pertenecían a Siria, que se lanza el ataque. Israel repele la invasión en esa Guerra de los Seis Días y ocupa los Altos de Golán y los anexa años después. Siria los reclama como propios, aunque los perdieron en esa guerra. El Consejo de Seguridad creó una misión en la zona fronteriza para asegurarse que no hubiera violaciones al cese al fuego entre ambos países, y ahí me tocó viajar en varias ocasiones.

La guerra civil en Siria fue una de las consecuencias de la Primavera Árabe, un levantamiento ciudadano democrático en buena parte de los países árabes. En Siria, el movimiento de liberación interno para derrocar al régimen de Bashar al-Assad (hijo del presidente anterior, o sea una dinastía de más de 46 años) fue aprovechado por grupos fundamentalistas, islamistas radicales, y ahí es donde empieza la guerra civil en Siria en 2011.

Muchos países del vecindario tienen intereses en Siria. Hay grupos internos apoyados por Irán, otros desde Irak, o de Arabia Saudita. Se llegó a contar por lo menos 120 grupos armados de diferentes denominaciones. También tiene intereses Turquía. Israel está también preocupado, ya que la guerra en Siria puede desembocar en mayor peligro para su seguridad porque el *statu quo* se rompió. Israel ha tenido que realizar ataques preventivos para destruir instalaciones militares sirias y atacar posiciones de grupos islamistas, que son un gran peligro para su seguridad.

Pero hay un país más grande que todos los vecinos inmediatos, una potencia mundial, que también tiene intereses en Siria, y ese país es Rusia.

Rusia tiene una base naval en el Mediterráneo por una concesión siria, en el puerto de Tartús.

Rusia estaba muy preocupada con la guerra civil porque veía que los grupos islamistas radicales estaban ya acercándose a las instalaciones de su base naval. Los rusos pensaron en algún momento en evacuar, pero significaba perder su presencia en un mar caliente, en el Mar Mediterráneo, que es muy importante geopolíticamente. Rusia se involucra, entonces, profundamente en la guerra siria y apoya al dictador Bashar al-Asad con armamento, equipo, municiones de todo tipo, y dinero. Lo financian, lo subsidian, lo traen de vuelta a flote. Combaten juntos, Siria y Rusia, y han hecho que el régimen sobreviva, ya por 10 años.

LAS ARMAS QUÍMICAS

En medio de esta guerra civil casi de todos contra todos, empiezan a verse manifestaciones del uso de armas químicas. Bombas de cloro, de gas mostaza y, la peor de todas, de gas sarín.

El cloro pesa más que el aire, y lanzado en bombas tiende a bajar a escondites subterráneos, a sótanos, donde la gente se esconde de ataques aéreos o bombardeos. El cloro también se acumula en los primeros niveles de casas o edificios de apartamentos.

El gas mostaza, utilizado también en la Primera Guerra Mundial, es un arma química llamada así por su color marrón, como mostaza, y su consistencia aceitosa. Cuando estallan las bombas, su contenido se pega en las paredes, en los pisos, en la ropa y en la piel de la gente, y de ahí emana el gas, y el gas va matando a las personas.

Pero el más horrendo de todos es el gas sarín. No puedo dejar de pensar en una expresión muy conocida en los círculos intelectuales cuando se trata de expresar la forma extrema en la que el ser humano es capaz de actuar sin escrúpulos cuando quiere alcanzar el poder: “El hombre es lobo para el hombre”. Su elaboración no se hace en una cocina como puede hacerse

el cloro o el gas mostaza. Para el gas sarín se necesitan laboratorios sofisticados y complejos. El manejo es muy delicado y tiene que transportarse en contenedores ultra sellados. Fue desarrollado por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, pero nunca fue usado.

Su característica más terrible, más maléfica, es que es inodoro e incoloro. Explota una bomba con sarín y no se ve ni se huele nada. Con otras bombas hay nubes de colores, negras o amarillas. Cuando cae una bomba de cloro, la gente puede olerlo y buscar ropa y agua para protegerse; con una bomba de gas sarín no se puede hacer nada.

El gas sarín empezó a ser utilizado en Siria, que no era país miembro de la Organización Internacional para la Prevención de Armas Químicas (OPAC), que tiene sede en La Haya, Holanda. Siria no era signatario, como tampoco lo son Egipto ni Israel. Como Siria no era parte de la OPAC, no se podía verificar ni investigar los informes y noticias del uso de armas químicas en ese país.

En 2013 y 2014, estallan bombas con todas las características que indicaban que eran químicas. El presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, declara que hay una línea roja, y que si Siria sigue utilizando armas químicas, va a invadir Siria. Es cuando Rusia se preocupa mucho y empieza a presionar al gobierno sirio para que acceda a ser parte de la OPAC y finalmente Siria firma los tratados y convenciones internacionales contra armas químicas, permite los inspectores, declara sus existencias de cloro, gas mostaza y gas sarín. Un barco danés carga con todos los químicos declarados, para destruirlos en alta mar.

Este barco danés al servicio de la OPAC es muy importante. Regresaremos a él en breve.

De momento, vamos a la sede de la ONU en Nueva York, a inicios de mayo de 2017, cuando me nombran jefe del Mecanismo para Investigar el Uso de Armas Químicas en la guerra en Siria. Es un gran honor para un guatemalteco que lo apoyen, por consenso, China, Rusia, Estados Unidos, Reino Unido y Francia. Me conocían por mi trabajo como jefe de Misión en Haití, como jefe de las operaciones de Mantenimiento de Paz y como

secretario general adjunto de la ONU. Tenía una relación laboral y personal de mucha interacción, cotidiana, intensa, honesta con las misiones de los cinco países. Agradezco haber tenido la oportunidad de foguarme en tareas tan especiales para construir un mejor futuro para la humanidad.

Para quienes creen que Guatemala es un país pequeño e irrelevante, la nacionalidad y el pasaporte guatemalteco tienen una llave que otros no tienen. Ser guatemalteco, un país con una historia de ser comprometido con los principios de las Naciones Unidas, fue importante para que pudiera alcanzar ese consenso entre las potencias.

El 2 de mayo de 2017 me dan una oficina para lanzar el Mecanismo sobre Armas Químicas y ese mismo día recibo una visita. Se trata de un alto diplomático ruso:

—Es tu primer día de trabajo, Edmond, te vengo a felicitar. Cuando el secretario general propuso tu nombre, fuimos los primeros en apoyarte porque te respetamos, te apreciamos, sabemos de tu nivel de profesionalismo. Pero quiero dejarte algo claro y te pido que no te lo tomes personalmente: Te vamos a destruir.

Los rusos, que no sonríen, me dijeron la amenaza con una sonrisa. Probablemente hubieran intimidado a cualquier diplomático de escritorio. Por fortuna se toparon con un guatemalteco que antes había tenido que plantar cara a los militares de nuestras dictaduras, a guerrilleros, a narcodiputados, a gánsteres haitianos, a yihadistas africanos, y entonces no iba a sentirme intimidado. He venido siendo formado para superar ideas de ejercicio del poder que en el pasado han tenido sus consecuencias, pero que no sirven para construir un mejor futuro. Lo que sí me provocó esa reunión con el diplomático ruso fue recordar la dimensión del puesto. Estaba metido, yo, Edmond, guatemalteco, como un eslabón importante en una guerra geopolítica mundial, en donde está peleándose por el control de un país clave, importantísimo estratégicamente para el norte de África, el este del Mediterráneo y Europa, la puerta al mundo árabe y musulmán en Asia. Me di cuenta de que mi trabajo sería determinante para

algo que pueda suceder o no suceder en esa guerra de implicaciones tricontinentales.

Nosotros, mi equipo y yo en el Mecanismo, trabajamos de la manera más independiente posible, y fuimos extremadamente cuidadosos. El personal que contratamos no era de países miembros del Consejo de Seguridad de la ONU, para evitar cualquier posibilidad de influencia o malentendidos. Se trabajó con gente *top* mundial, expertos, científicos, químicos, expertos en balística.

Entre mayo y octubre de ese 2017, no hubo una semana en la que no tuviera una reunión tensa con los rusos en Nueva York o en Moscú. Ellos querían vigilar qué estábamos haciendo, hacia dónde íbamos, cómo la investigación podía afectar la agenda, los intereses y la participación de Rusia en la guerra en Siria. Para un servidor, tratar al mismo nivel con los rusos o los chinos, de la misma manera que con poderosos de Estados Unidos o del Medio o Lejano Oriente, no es una experiencia ajena.

LA SEGUNDA AMENAZA RUSA

Al final de nuestro trabajo en el Mecanismo, me tocó reunirme con el viceministro de Relaciones Exteriores de Rusia, en Moscú, en un palacio inmenso, de esas increíbles herencias de la era zarista, en un salón gigante, solo con dos sillas, una para él y la otra para mí. Todo diseñado para que uno se sienta pequeño ante el tamaño y el poder imperial ruso. Ahí, el viceministro me dijo:

—Ya van a presentar sus conclusiones, Edmond, y yo quisiera pedirle que piense en su carrera, en su futuro, piense en el personal que trabaja con usted. Si las cosas no son como deberían ser, vamos a vernos obligados a emitir un veto y el Mecanismo ya no va a poder subsistir. Piense en las consecuencias.

Lo más fácil hubiera sido decir que no habíamos podido comprobar nada, cobrar el cheque, salir en la foto y regresarnos cada uno a nuestras casas. Pero no. Yo no me meto a aceptar

trabajos solo para pasar el agua. Nunca lo he hecho en mi vida. Para eso me quedaría jubilado en mi rancho en Atitlán. Cuando yo me comprometo con un trabajo, es para hacerlo bien, para cambiar las cosas. Hoy se trata de desmontar el pasado en la mente y actitudes de los guatemaltecos y tejer las alianzas necesarias para construir un futuro prometedor para todos.

Entonces me recordé de Guatemala y de por qué había aceptado el trabajo en Siria. Tenemos una humanidad común, y el planeta Tierra es una casa muy pequeña. Si no detenemos las matanzas de niños sirios con armas químicas, después vamos a ver a niños egipcios, argelinos y congoleños asesinados con las mismas armas químicas, porque hay muchos grupos armados en África que desean tenerlas. Después las vamos a ver en Venezuela, en Haití, y las vamos a ver en Guatemala. Si no lo frenamos en su origen, se va a propagar por todo el mundo.

En ese momento regresaron a mi mente las imágenes de las mujeres y niños sirios que después de saber que en pueblos vecinos se estaban lanzando armas químicas, tenían el terror instalado en las venas. Explotaban bombas normales y la gente creía que eran bombas químicas y huía de los lugares, sintiendo que en cualquier momento podían estar respirando gas sarín sin darse cuenta. El gas sarín es un enemigo terrorífico, atroz, porque no solo es invisible sino que los dolores son espantosos, ese gas hace que los órganos internos se disuelvan. No es como un balazo en la cabeza, es la descomposición del cuerpo a través de respirar algo invisible e inoloro. Es brutal.

—¿Usted qué me está diciendo?—le pregunté al diplomático ruso—. ¿Me está condicionando?

Él se echó para atrás, pero ya lo había dicho. Y se quedó ahí. Yo le repetí, como les había dicho muchas veces a los rusos:

—Yo comprendo la guerra geopolítica que ustedes están librando en Siria, el control del territorio, su necesidad de tener acceso al Mediterráneo, sus relaciones con Irán e Israel y los vecinos. Entiendo eso y no me voy a meter a decirles qué hacer, ¿pero no le pueden decir a su protegido Bashar al-Assad que deje de usar armas químicas? No las necesitan para la guerra. Si ustedes no le ponen fin a esto, si no sientan un precedente

sobre el fin del uso de armas químicas en las guerras, les va a estallar en la cara. Allá en Chechenia (la región rusa de mayoría musulmana con movimientos independentistas), muchos de estos grupos rebeldes musulmanes van a terminar usando armas químicas. Imagínense que puedan usarlas en el metro de Moscú. Si no hay castigo a quienes las usen en Siria, solo van a lograr que puedan proliferar por todo el mundo.

Además, los rusos no pueden argumentar que ellos no tienen el control total sobre Siria. En mis visitas de campo, todos los *checkpoints* siempre tenían policías y militares sirios ¡y rusos! ¡En todos! En cada una de las provincias sirias hay un gobernador militar ruso. Siria está en manos de Rusia. Un lunes por la tarde envié una carta al Ministerio de Relaciones Exteriores sirio en Damasco para negociar el acceso de algunos integrantes de mi equipo a una zona de Siria. Lunes a las tres de la tarde. El martes a las nueve de la mañana llega un diplomático ruso a verme en mi oficina en Nueva York, con copia de la carta. Y me dice: “Esta carta, con estos términos, es inaceptable”. Yo se la había enviado a los sirios una tarde y al día siguiente es un ruso quien viene a responderme. Siria está controlada totalmente por Rusia.

De hecho, antes de presentar las conclusiones de nuestro trabajo, gente de mi equipo empezó a vacilar, no sé si porque les daba miedo que íbamos a acusar al régimen de Siria, el aliado de Rusia. Y en reuniones me decían: “¿No sería mejor decir que no está completo el estudio? Así nos dan seis meses más para prepararnos.”. Y yo les respondía que no, que ya teníamos los resultados, ya teníamos las evidencias; no necesitábamos más tiempo. “Pero podemos buscar más casos para que sea más sólido, y que sea más concluyente”, me insistían algunos. Yo les respondía que no, que no era necesario. No sé si me lo decían de buena fe, o querían prorrogar sus contratos de trabajo, o porque les daba miedo Rusia.

Rusia, como sabemos, ha recuperado mucho poder de beligerancia. Así como puede influir en elecciones presidenciales o *hackear* oleoductos en Estados Unidos, bien pueden destruir carreras, oportunidades de trabajo, deslegitimar por redes sociales como hemos visto en muchos países. Puede organizar

campañas negras por medio de *netcenters*, de sus granjas de *bots*. Yo estaba consciente de que podría recibir amenazas rusas cuando acepté el cargo.

Pero a mí no me da miedo ver de frente las cosas que hay que confrontar en la vida si voy a ser fiel a mis principios y valores. Cuando en 1992 me enfrenté a todo el Congreso para quitar la inmunidad al primer narcodiputado reclamado para extradición por Estados Unidos, pues lo hice. Cuando me tocó el golpe de Estado de Serrano en 1993 siendo embajador de Guatemala en Washington (y no sabíamos si Serrano iba a tener éxito como Fujimori en Perú), pues decidí enfrentarme al presidente golpista. Cuando pude sacar gente del país para salvar vidas durante las dictaduras, aun sabiendo que mi vida o mi reputación estaban en peligro, pues lo hacía.

Es una cuestión de principios; hay cosas en la vida que uno no puede dejar pasar, porque dejaría de ser uno mismo. Batallar siempre por un mejor futuro tiene sus consecuencias y hay que aceptarlas.

En el tema de las armas químicas en Siria, ya teníamos todas las pruebas científicas, ya solo era cuestión de presentarlas al Consejo de Seguridad. Cuando introdujimos el informe, yo volteaba a ver para atrás y veía a mis compañeros muy nerviosos. En la conferencia de prensa posterior que dimos a la sesión del Consejo de Seguridad, estaban todos atrás mío, totalmente solidarios.

Yo estaba seguro de lo que estaba diciendo, porque teníamos evidencias científicas. ¿Y cómo llegamos a ellas? Porque los sirios y los rusos en algún momento no pudieron negar que había uso de armas químicas, pero acusaban a Estados Unidos y a los países occidentales de ser los responsables.

Cuando explotó una bomba química en la ciudad siria de Khan-Shey-Kun, organizaciones no gubernamentales recogieron muestras en animales, en el pelo de una cabra, las plumas de un pájaro, muestras de personas que habían sido víctimas del ataque. El Gobierno de Siria también recogió muestras y nos las envió, acusando a Estados Unidos y a Inglaterra de ser los responsables de la explosión de las bombas. Lo increíble es

que las muestras de la oposición civil siria y del gobierno sirio coincidían.

¿Cómo podíamos desde el Mecanismo demostrar quién era el responsable?

De pronto un científico suizo que trabajaba en mi equipo dice en una reunión: “Yo sé que la OPAC, antes de destruir todas las armas químicas sirias en aquel barco danés en el Atlántico, se quedó con unas muestras, como pruebas. ¡La OPAC tomó muestras de cada una de las armas químicas antes de destruirlas, y las resguardó en La Haya!”

Pedimos a la OPAC que compartieran las muestras que retuvieron antes de destruir las existencias de armas químicas que dio Siria. Las enviamos a tres laboratorios independientes, de ninguno de los países del Consejo de Seguridad. El objeto era hacer comparaciones entre lo que se había recogido por el gobierno sirio y las organizaciones civiles en Khan-Shey-Kun, y lo que la OPAC había tomado en el barco danés del inventario oficial sirio. ¡Y el ADN era idéntico! Era imposible replicarlo. Era imposible que alguien hubiera creado un gas sarín igual al otro. Estaban todas las marcas, las impurezas, todo empataba al cien por ciento.

Cuando presenté mi informe con ese resultado y demostré con pruebas científicas que el responsable de haber lanzado armas químicas en Siria era el régimen de Bashar al-Assad, porque es exactamente el mismo gas sarín el producido por el gobierno que el usado en los ataques, pudimos demostrar que mintió en 2015. No destruyó todas las armas químicas y estaba atacando con estas armas a su propia gente. Los rusos no se lo esperaban; los sirios, menos. Mi informe los tomó por sorpresa. No tenían ninguna defensa ni justificación, más que el ataque y la desacreditación en mi contra. Dijeron de mí cosas terribles y disparatadas, pero ahí terminó todo. Esa noche dormí muy satisfecho, liberado, por haber hecho lo que tenía que hacer. Aunque era una combinación con un sentimiento de tristeza porque no se había logrado frenar los ataques contra civiles con armas químicas. Todo el trabajo de investigación que hicimos, todas las pruebas, videos, testimonios, declaraciones, todo ha

sido depositado en un lugar seguro. Espero que algún día esto sirva para la justicia transicional después de la guerra en Siria, para que puedan castigarse estos crímenes y que nunca más vuelvan a cometerse.

A mis conciudadanos guatemaltecos, si puedo darles un consejo cuando estén en una situación de miedo: siempre den un paso adelante. Si uno está convencido de sus principios y sabe que está haciendo lo correcto, ante la duda, hay que dar un paso al frente. Especialmente cuando se trata de proteger derechos humanos y de salvar vidas. Hoy tenemos un dilema muy simple, pero muy trascendente: tomar decisiones para vivir en el pasado o ponernos a trabajar para definir y construir el futuro.

Todos somos hermanos y hermanas, hijos de Dios. Recordemos la foto del niño sirio ahogado en las costas de Grecia, huyendo de la guerra civil en Siria. No es una foto tan distinta de la de la niña salvadoreña ahogada junto a su papá en el Río Bravo entre México y Estados Unidos, o la niña hija de la guatemalteca que murió en el mismo río, todas huyendo de la pobreza y la violencia de Centroamérica.

Necesitamos proteger la vida. En Guatemala y en el mundo.